



# «Burgos es una cloaca infecta»

Ediciones Universidad de Salamanca publica por primera vez en castellano las *Memorias* del general Thiébault, gobernador de Castilla en la ocupación francesa que jugó un gran papel en materia de administración, urbanismo e higienismo



Pobres de solemnidad de Burgos, grabado de Gustavo Doré.

R. PÉREZ BARREDO | BURGOS  
rperez@diariodeburgos.es

«Recorrí la ciudad y Dios es testigo de que vi el espectáculo más triste, resultado de dos meses de abominación. Abandonada por una parte de la población, la ciudad tenía un aspecto de soledad, de desolación, y en algunos lugares no era más que una cloaca infecta; por todas partes ruina, hambre, desesperación, peste y, como remedio, la muerte. Los estragos eran horribles en las prisiones, en las residencias de aislados y convalecientes y en los hospitales, si es que pueden llamarse así a los conventos abandonados en los que, durante las frías lluvias del mes de enero, gemían amontonados sobre la paja podrida y, debería añadir, expiraban cuatro mil enfermos y heridos; y esto, prácticamente sin médicos ni enfermeros, sin medicamentos ni ropa y sin recipientes para ningún uso».

La detallada descripción que acaba de leer corresponde a las pri-

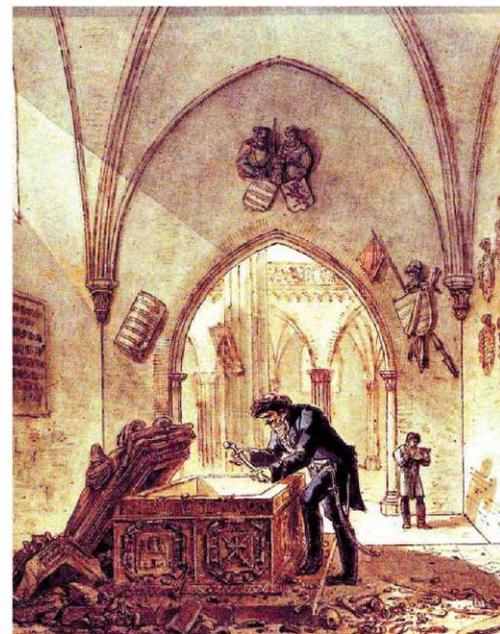
Se **ganó** a los burgaleses honrando al **Cid**, limpiando la urbe y creando un gran **hospital**

meras impresiones que tuvo el general Thiébault tras su llegada al Burgos ocupado de 1809, apenas dos meses después de la Batalla de Gamonal. Esa imagen dramática, casi intolerable para los sentidos - llega a reconocer el militar francés que no pudo evitar sofocos y náuseas- es tan dantesca como real: la ciudad era casi un vertedero inmundado en aquellos días, el retrato exacto del paisaje que se ofrece después de una tragedia. El valiosísimo testimonio de este lugarteniente de Napoleón Bonaparte, que fue gobernador de Burgos durante la ocupación francesa, puede leerse por primera vez en castellano gracias a Ediciones Universidad de Salamanca, que acaba de publicar el libro *Memorias del general Thiébault en España (1801-1812)*.

No tienen desperdicio las observaciones, en ocasiones -seguro- exageradas, del hombre al que Alejandro Dumas convirtió en personaje literario en su novela *La San Felice*. Admite Thiébault los estragos que la devastación, el expolio y no pocos horrores habían causado en la ciudad y los pueblos inmediatos del entorno: «Se habían despo-



Defensa del Castillo de Burgos en octubre de 1812. Heim, grabado por Aubert.



Darmagnac, exoliando la tumba del Cid en Cardena. Grabado.

blado hasta el punto de que alrededor de la desventurada ciudad se había formado un desierto de cuatro o cinco leguas. Tres pies de inundicia inundaban e infectaban todas las calles y para comunicarse se habían visto obligados a abrir pasos con los picos a través de masas de escombros y de basura, entre las que se encontraban, desde el combate librado para retomar Burgos, hacía ya sesenta días, más de doscientos despojos de caballos y más de cien cadáveres humanos».

Parte del estado calamitoso que presentaba Burgos se debía a la administración de Darmagnac, general que había gobernado esos meses en la ciudad. Era un rufián malvado y sanguinario, corrupto y saqueador sin escrúpulos al que Thiébauld relevó en el cargo por orden directa del emperador, indignado con la ciudad que se encontró en noviembre de 1808. El legado de Darmagnac era tan terrible que a Thiébauld le costó un mundo tratar de restituir los desmanes por el otro provocados, establecer el orden y la justicia y convencer a los burgaleses de que sus intenciones, lejos del latrocinio y la desvergüenza, pasaban por un gobierno que sólo pretendía limpiar en todos los sentidos la urbe.

Fue inteligente Thiébauld, aun a sabiendas de que el odio del pueblo era natural dada su condición

de sometido. Jamás olvidó que él era el invasor. Cuenta en sus memorias cómo comenzó a granjearse el respeto y hasta el simpatía y la complicidad de los burgaleses por que «el afecto y la confianza de los pueblos sólo pueden ser recíprocos». Así, en su primera declaración pública desploró las desgracias sufridas por el pueblo; se mostró afectado y garantizó que no volverían a producirse incautaciones brutales, que se haría una cuentas exacta de necesidades y recursos y que sus peticiones serían tan restringidas como justos sus repartos. «La convicción de que ya no tenían nada que temer y de que los recursos se economizarían hasta donde se pudiera fue tal, que la ciudad se abasteció como por milagro», anota el general.

Bajo sus órdenes, se repartieron -a bajo precio y gratis para los más pobres- miles de platos de sopas Rumford (una mezcla de patatas, guisantes y cereales inventada por el norteamericano Benjamin Thomson, conde de Rumford) y se restituyó la administración de justicia creando un tribunal mixto (compuesto por españoles y franceses). Y tomó otra decisión que, al cabo, le procuraría todavía más respeto entre sus súbditos. tan importante fue, que le dedica varias páginas de sus *Memorias*. Sabedor del expolio realizado por Darmagnac

en San Pedro de Cardena, morada última del por toda Europa conocido héroe medieval castellano, y consciente de la importancia de los mitos y símbolos, Thiébauld echó mano del Cid Campeador. «Decidí hacer reparar por manos francesas este acto de vandalismo cometido por franceses; y, para sacar más provecho del efecto moral que esperaba, ordené colocar la tumba en el mismo Burgos, donde, por otra parte, las tradiciones sitúan la cuna del Cid, y reconstruirla entre los dos puentes de Burgos, en me-

dio de un prado que avanza de un lado sobre el río, y que del otro está bordeado por el Espolón, muelle cuya orilla servía de paseo. Una plantación regular de álamos de Italia, formando bellas avenidas, debía alzarse alrededor de la tumba, completarse con bancos de piedra, y ponerse en comunicación con el Espolón gracias a dos rampas que partirían de una media luna salediza que ya existía, adornada por cuatro estatuas de piedra. Todos estos trabajo se llevaron a término».

Recoge el general napoleónico cómo hizo acopio de los dispersos huesos del héroe castellano, de los que no se quedó ni uno salvo un par de ellos que le regaló al egiptólogo Denon, y cómo, en presencia de autoridades civiles, religiosas y militares, los depositó en el sarcófago y en un acto pomposo fueron trasladados al nuevo y ornamentado túmulo del Espolón.

#### SANEAMIENTO Y LIMPIEZA.

Siendo todo lo contado cierto, quizás lo que más gustó a los burgaleses del gobierno de Thiébauld fue el saneamiento y la limpieza que se llevó a cabo en la ciudad. «Burgos, esta cloaca pestilente donde desde el mes de enero se temblaba ante la idea de la vuelta del calor, se convirtió en una de las ciudades más limpias de España», se lee en sus memorias. Los cuarteles, hospitales, prisiones, edificios administrativos fueron reparados y encajados con cal viva. Se creó un nuevo hospital, a la entrada de la ciudad, perfectamente equipado y con capacidad para albergar hasta 500 enfermos. «Tuve enseguida el mejor hospital de España», apunta. Hubo más: sacó los enterramientos de la ciudad, creando un cementerio extramuros y prohibiendo las inhumaciones en los templos. Consiguí, pues, sanear una ciudad que parecía atrapada en el Medioevo.

## Protagonismo militar, político y administrativo

Las *Memorias* de Thiébauld se publicaron entre 1893-1895, medio siglo después de su fallecimiento, en 5 volúmenes, auspiciadas por su hija y con la intermediación de Fernand Calmettes como editor. Fueron escritas a lo largo de 15-20 años, en plena efervescencia del género biográfico. Ediciones Universidad de Salamanca ha publicado la primera edición en castellano (parcial, referida a España). La traducción cubre la estancia de Thiébauld en la Península en tres momentos distintos. El primero, durante mayo-junio de 1801; la segunda, a finales de 1807; la tercera estancia fue más prolongada, desde finales de 1808 hasta 1812. Durante esos tres años, Thiébauld tuvo a su cargo los gobiernos de Burgos y de Salamanca y el mando de otras ciudades de Castilla la Vieja, claves para el mantenimiento de la ruta estratégica que iba de Hendaya a la frontera portuguesa. Dichos capítulos responden al protagonismo militar, político y administrativo de Thiébauld durante la Guerra de la Independencia.